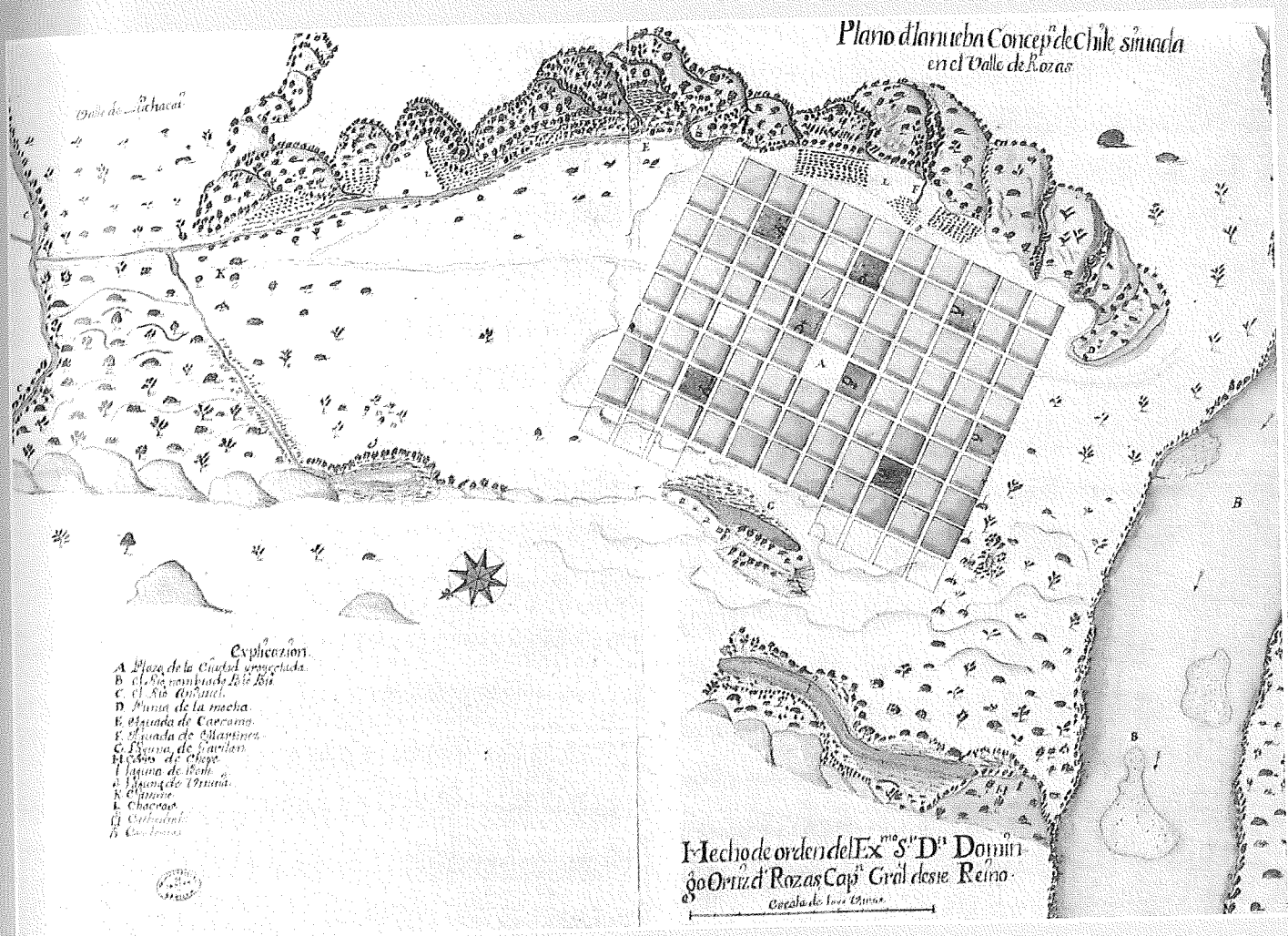


HACIA UNA POLITICA ILUSTRADA DE ORDENACION DEL TERRITORIO EN LA AMERICA HISPANA

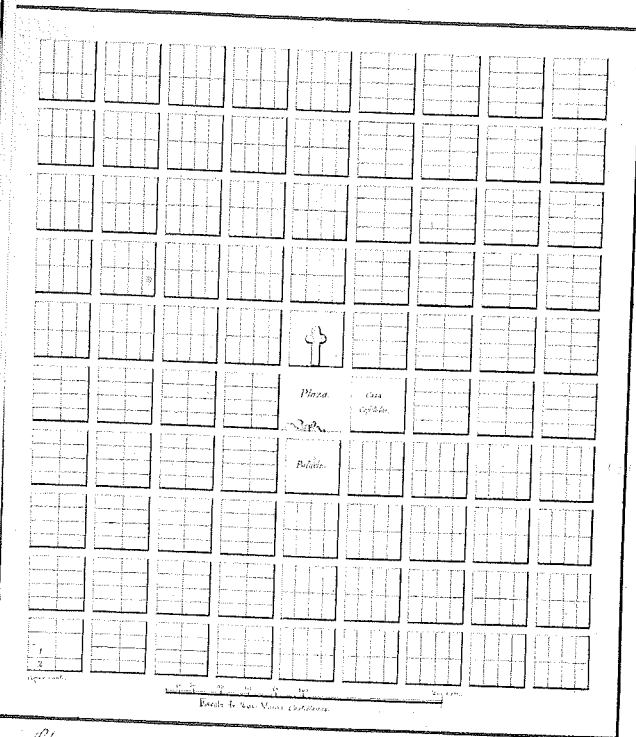
Por Carlos SAMBRICIO



Plano de fundación de la ciudad de Concepción (Chile). A.G.S.

Si a comienzos del siglo XVI las Leyes de Indias fijaron una imagen de ciudad americana, dos siglos más tarde, en los momentos inmediatos a la Independencia, el rostro de aquella varió radicalmente: de valorarse el inicial trazado como respuesta a una preocupación tardomedieval (recordemos, por ejemplo, los estudios de Maravall sobre el modelo urbano propuesto por Eximenis) a finales del XVIII la idea misma de ciudad se había trastocado, con la evolución de su núcleo urbano (la Plaza, por ejemplo, pasó a actuar como elemento generador de un espacio barroco) hasta asumir los conceptos de embellecimiento formulados en el momento de la Razón, cuando se cuestionó el sentido y función que debía tener la ciudad, añadiéndose a los problemas derivados del crecimiento urbano los inherentes a la transformación de la trama.

Plano de una nueva población
para 30 vecinos en Manajay (Cuba).
¿1770? A.G.S.

[illegible]

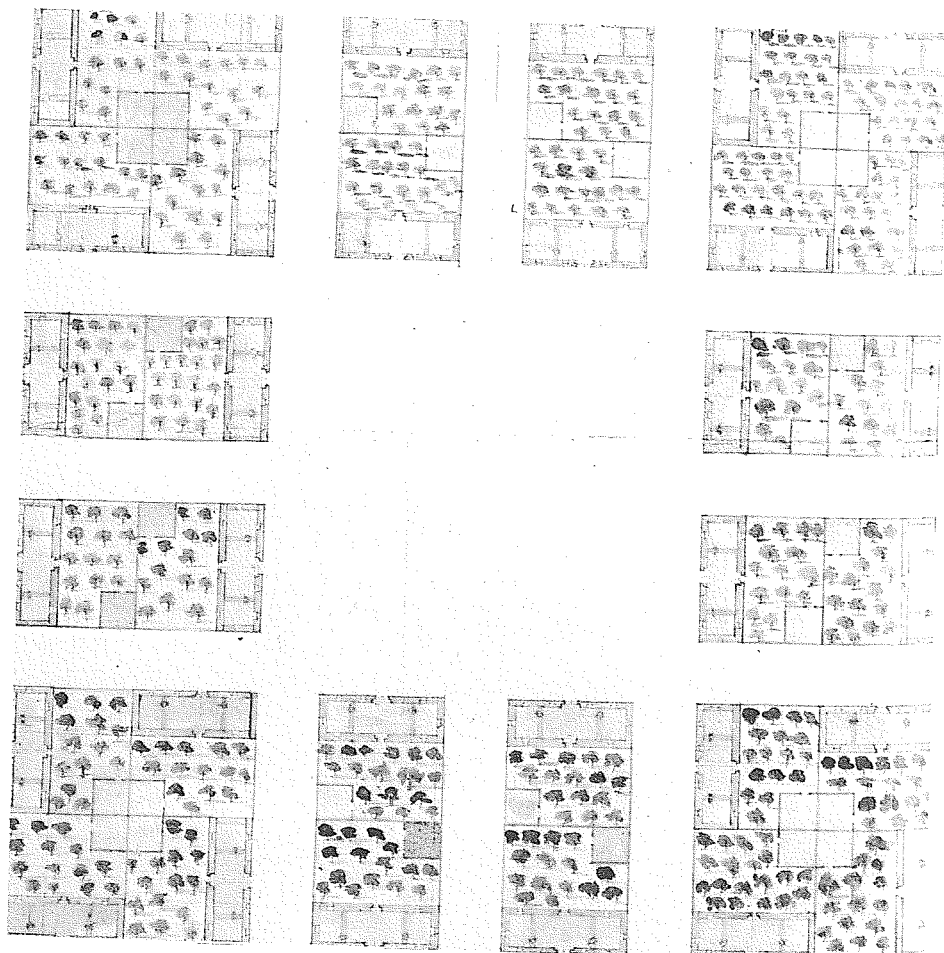
Prof. Ben. Andrews

Pero si la ciudad varió también se produjo, paralelamente en el tiempo, un importante cambio en la forma de valorar el territorio y entender su ocupación, por cuanto que el mundo americano dejó de concebirse desde una estrategia militar y comenzó a valorarse desde una política de ordenación de riqueza. ... *La fundación de las Colonias es para mayor extensión del comercio y no para fundar unas nuevas Ciudades o Nuevos Imperios*, dirá Campomanes, señalando cómo ... *las posesiones españolas en América tienen un indudable carácter de Colonia* ¹ —utiliza incluso preferentemente esta expresión para denominarlas—, *cuya utilidad no reside en motivos militares o de otra índole, sino en la «extensión del comercio» o la Metrópolis.*

En otro momento he planteado cómo, en la España de la segunda mitad del siglo XVIII, la voluntad por lograr un doble objetivo (la *felicidad del individuo* y la *riqueza de la Nación*) repercutió en el «Saber urbano» que, como consecuencia, buscó definir una técnica capaz de dar respuesta a los programas de necesidades ahora definidos. Entendiendo tanto la ocupación del territorio como el tamaño y forma de la ciudad desde una política económica que no los valoraba ya como piezas aisladas —independientes— sino como partes integrantes de un proyecto de creación de riqueza. Aproximadamente desde 1760 las propuestas de *felicidad* y *riqueza* se fueron

Aproximadamente desde 1760 las propuestas de fundación de nuevas poblaciones o las operaciones de ensanche y transformación de los núcleos existentes comenzaron a definirse como respuestas a intereses económicos de orden superior, donde el diseño urbano se supeditaba a las necesidades específicas de cada caso. Se rompía así con la imagen urbana propuesta en los tratados de arquitectura y castramentación de los siglos XVI y XVII, donde temas como *tamaño*, *forma* u *organización* eran aleatoriamente utilizados: como consecuencia, surgió una nueva propuesta de ordenación del territorio, se replanteó el uso y función que debía tener cada población y, buscando la «felicidad del individuo» antes citada, se intentó igualmente modificar la imagen de la ciudad para buscar lo que, poco antes, Voltaire había definido como la «comodidad».

Se produjo entonces una «ruptura epistemológica» en la valoración del territorio, puesto que, frente a la antigua organización militar, la voluntad por crear riqueza significó —tal como se había entendido en Europa— transformar la naturaleza, estableciéndose no sólo un complejo sistema de caminos y canales, sino también una política de colonización articulada desde la voluntad de fomentar la agricultura, la industria y el comercio², con el propósito de que las poblaciones ahora fundadas se integrasen en un sistema que favoreciese el tráfico de mercancías hacia la Metrópoli: experiencias concebidas a escala continental fueron, por ejemplo, las reformas establecidas en el Canal del Dique, en el Virreinato de Nueva Granada, con vistas a hacer navegable el río Magdalena³; los primeros estudios de canales interoceánicos; la propuesta para unir,



Plano de la nueva ciudad
de Nueva Paz (Cuba).
¿1790? A.G.S.

Expl^{on}.

- A. ⁽¹⁾ *Alcova mda.*
B. *Alcova de S. Velasco para con-
tinuar la A. Cda. como van Salas
Vda. para su vivienda, fha. Cda.
de Cda. Cda. de S. Vda. Alcova
Vda. de Salas y t^{ra} Cda. de
Alcova de Cda. y Salas Cda.
C. *Alcova de S. Vda. en sus corresponden-
cias a fin de construir en ellas las
Alcovas*
D. *Alcova de S. Vda. fha. de S. Vda.
para para la Cda. de la qual
se fha. con las Alcova. la qual co-
ra un para las Cda. y conclusiones
es para un S. Vda. q^{ta} se fha. de S. Vda.*
E. *Alcova de S. Vda. con t^{ra} de S. Vda.
Cda. de S. Vda. de la Alcova de S. Vda.*
G. *Alcova de S. Vda. de S. Vda.**

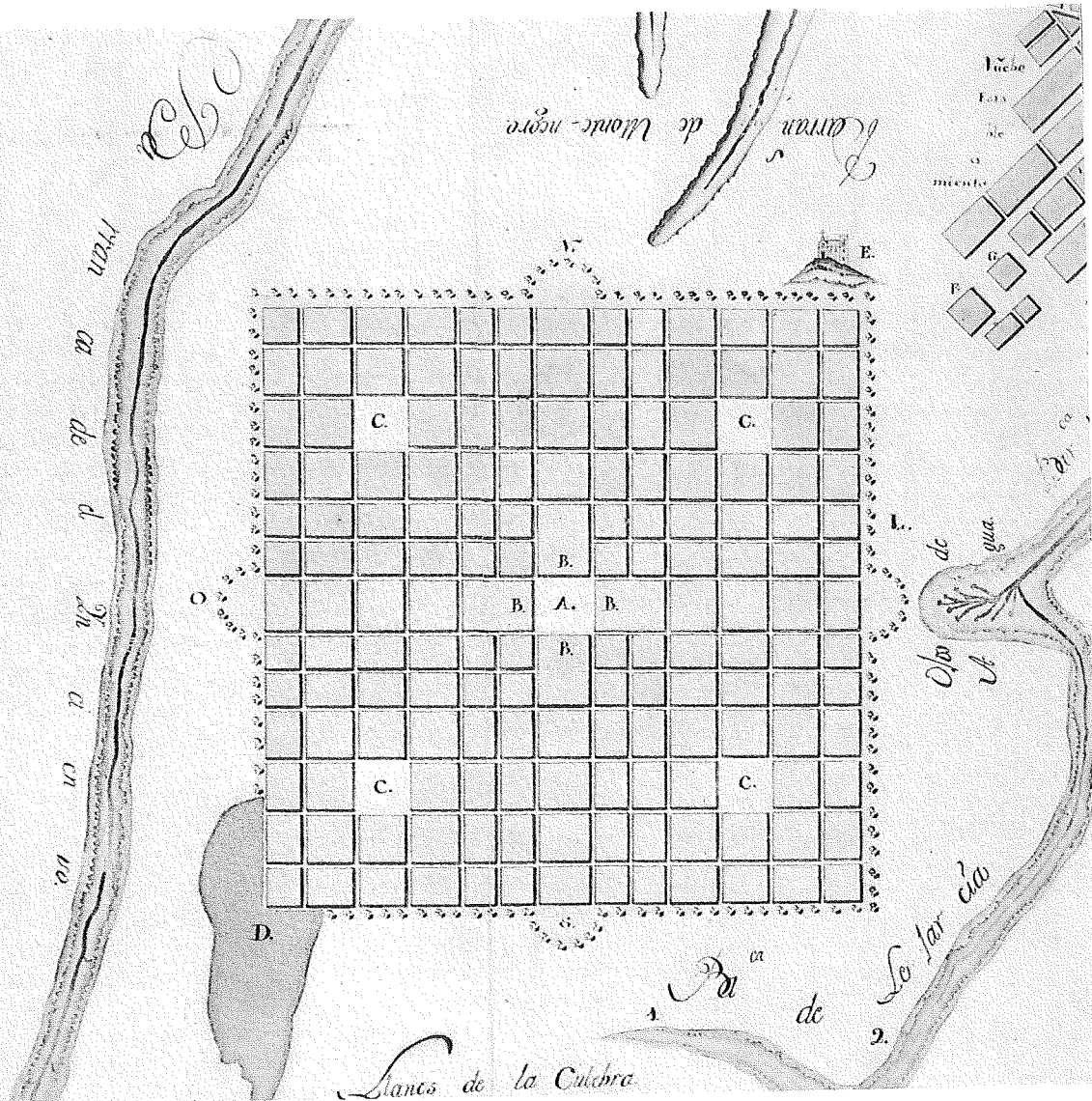
Nota

Que la Paroquia N.^a es una
Luz que estava contruida Opus.^o
para impeller a povo a luz da Paroquia
que era a N.^a de onde deve vir
a luz a esclarecer

Citra.

Udo el Capatzen Uiano ota Calle
ha place en va Cautico ampuat, Jato
para Capatzen muchos Pueblo v. Ano
Nudo Cto Uiano 1^o de 1776

Esta lo aporoso contra eloque ele puz
sentencia Al M. 15 Po 1797 qd D. Mor
tin de Mayorga:

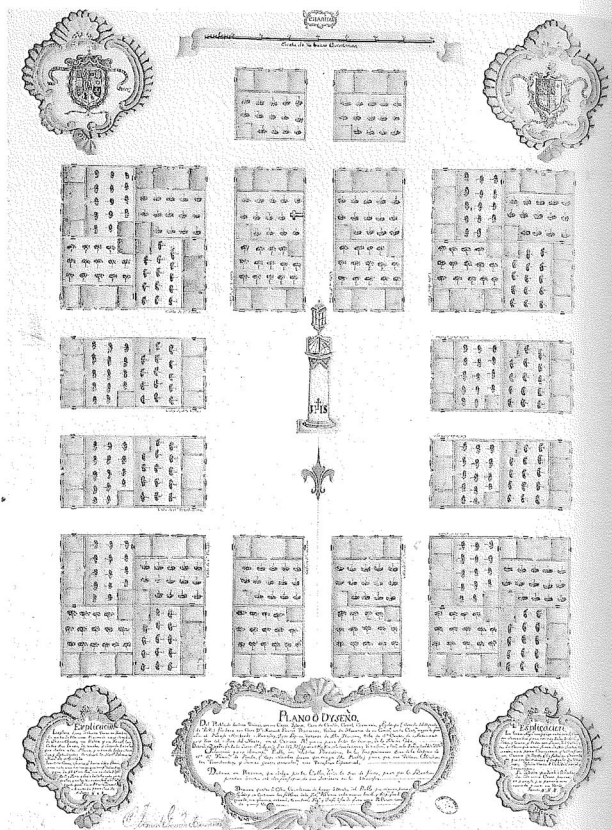


Asumir las ideas anteriores implica que el fenómeno urbano americano evolucionó no desde lo específico de una «cultura propia al Nuevo Mundo» sino, por el contrario, desde el intercambio que se produjo entre Metrópoli y Colonias o, lo que es lo mismo, como resultado de la relación Centro y Periferia: aceptar que la cultura europea —que no española, por cuanto ésta fue, a su vez, reflejo de un debate de orden superior— se proyectó en América, buscando transformar la realidad con la única intención de favorecer y aumentar el comercio en beneficio de la Metrópoli, supone dudar del concepto de cultura criolla que algunos (recordemos, por ejemplo, los estudios planteados por Bernard Lavalle)⁶ han reivindicado. Cuestionar la existencia de una inicial reflexión criolla en temas urbanos significa no sólo analizar la prensa periódica (*El Mercurio Peruano*, por ejemplo), sino las propuestas que en la América Hispana se formularon sobre arquitectura y ciudad, viendo cuáles eran sus referencias teóricas, cuál la originalidad de su propuesta, y de qué modo comprendieron la nueva problemática. Trasladar las experiencias urbanas realizadas en Europa, durante la segunda mitad del siglo XVIII, al continente americano significa esbozar un doble interrogante: por una parte, reflexionar sobre cómo y cuándo dicho conocimiento fue transmitido; en segundo lugar, saber si ingenieros o arquitectos de formación europea fueron quienes lo difundieron o si, por el contrario, los propios criollos fueron capaces —por viajes, lecturas o contactos— de esbozar una cultura que, al poco tiempo, asentaría las bases de su identidad nacional.

Comprender si hubo en la América Hispana un «salto en el conocimiento» significaría ahondar en los orígenes de una cultura independentista: Ángel F. Brice estudió en su día las opiniones de Bolívar sobre el Canal de Panamá⁷ (proponía el Libertador abrir, con ayuda inglesa, un canal en Panamá), y bien es verdad que sus esquemas no diferían

Plano de la Nueva Guatemala.
Luis Díez Navarro.
1776. A.G.S.

Plano de la nueva ciudad
de Manajay (Cuba).
Manuel García B. 1768. A.G.S.



tanto de los proyectos franceses, ingleses o españoles para la zona⁸; Lluch analizó el pensamiento fisiócrata de Belgrano, y quizá fuese conocer cuáles eran las ideas de Santander o San Martín sobre temas relacionados con territorio y ciudad: pero la anécdota no debe evitar que la reivindicación hecha hoy por algunos historiadores —la Academia de San Fernando jugó, a partir de 1786, un papel «represor» frente a la cultura americana, al rechazar sistemáticamente los proyectos que desde allí se remitían para su aprobación, imponiendo soluciones ajenas a la realidad y cultura americana— quede sin ser analizada, razón por la cual entiendo se debe aclarar cuál fue el «papel censor» de la Comisión de Arquitectura.

Frente a la crítica sobre el «papel censor» jugado por la Comisión de Arquitectura de la Academia de San Fernando⁹ podría argüirse —utilizándolo de forma descontextualizada— que la función desarrollada por aquella Comisión era, precisamente, unificar criterios arquitectónicos, para impedir, de esa forma, que los arquitectos que mantenían un «Saber» basado en la práctica (maestros de obra, maestros canteros o, incluso, sacerdotes miembros de órdenes religiosas) continuasen con las pautas de ornato y distribución características del barroco. Por ello la Comisión de Arquitectura censuraba, en cada una de sus reuniones, no sólo aquellos proyectos oficiales presentados en España que entendía contrarios al gusto ilustrado, sino que también, coherente con esta idea, censuró muchos de los americanos, y propuso a personas de su confianza (esto es, formadas en el nuevo Saber Racional), conocedoras de las polémicas y opiniones que en aquellos momentos se formulaban en Francia o Italia y que, a través de la Academia, se difundían en España.

Entrar en la discusión sobre el alcance de la cultura criolla en aquellos años nos lleva a reflexionar tanto sobre el saber urbano de la sociedad ilustrada colonial como sobre la naturaleza de los proyectos de nuevas poblaciones o las propuestas presentadas para la ordenación del territorio que se concibieron desde aquella comunidad: supone, por ejemplo, repasar los periódicos como *El Mercurio Peruano* buscando noticias urbanas

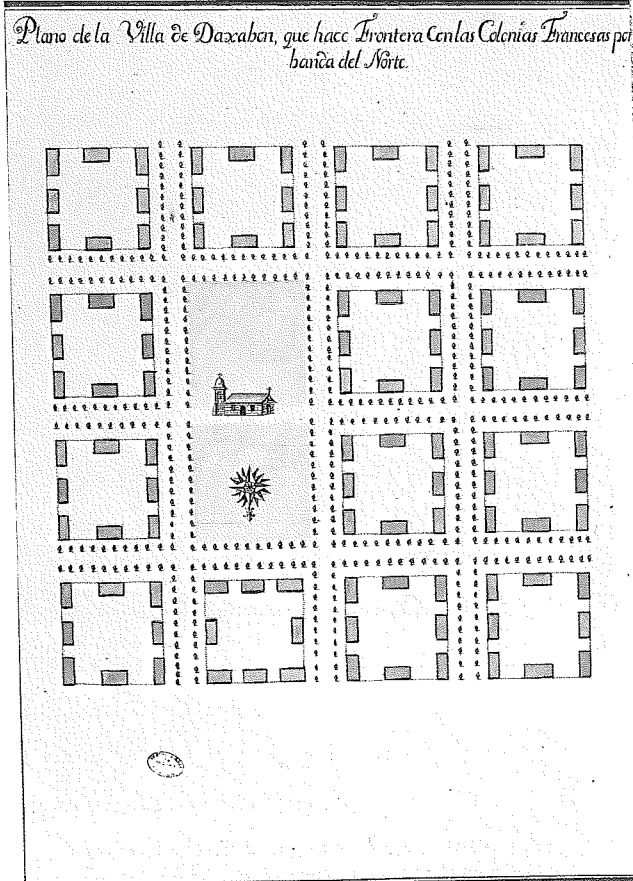
semejantes a las que, en esos años, publica el madrileño *Mercurio* o la *Gaceta de los Ciegos*. La ausencia de referencias en el *Mercurio Peruano* a transformaciones y cambios ocurridos en ciudad no implica que se desconozca el debate existente en Europa sobre arquitectura, porque si bien es cierto que no aparece nota alguna relativa a temas tales como el embellecimiento en ciudad, la creación de alamedas y paseos arbolados o los trabajos de alcantarillado, empedrado y alumbrado de las vías públicas, reorganización de espacios públicos, política de equipamientos, etc., sí da noticia —y entiendo que es en esta publicación donde por primera vez en América se valoran como ejemplo de arquitectura clásica las ruinas locales pertenecientes al imperio inca, como más tarde hará el jesuita expulso P. Maiquez al tratar de México—, esbozándose un inicial estudio sobre los monumentos del antiguo Perú¹⁰.

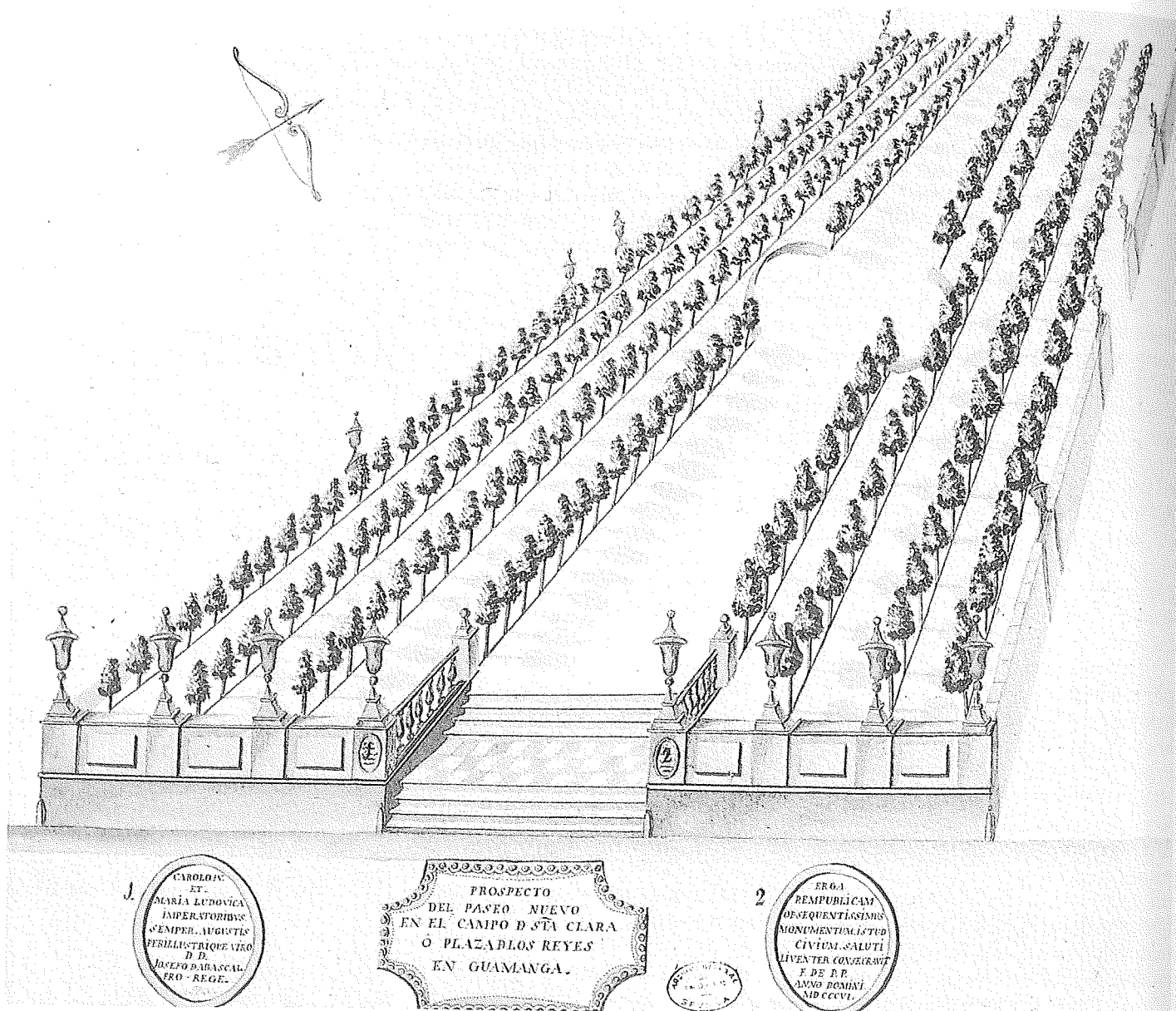
Si la prensa presentaba contradicciones, por lo mismo los criollos que en su día viajaron a España y conocieron de forma directa algunas de las experiencias desarrolladas tanto en Sierra Morena como en Nueva Andalucía, cuando volvieron a América y aplicaron los modelos urbanos vistos, se equivocaron de tal modo que el modelo por ellos propuesto se aproximaba más a la reutilización de esquemas tardorrenacentistas que a una reflexión sobre la ciudad ilustrada. Convendría, en este sentido, recordar la experiencia que Bernardo Darquea o Miguel Jijón y León —próximos ambos a Olavide en la gestión de Sierra Morena— desarrollaron a su vuelta —en torno a 1780— a Perú. Alfonso Ortiz comenta del primero cómo éste ... *habiendo trabajado directamente con Olavide, debió empaparse de sus ideas y conocer —y acaso diseñar— algunas de las poblaciones de Sierra Morena*, señalando de Jijón y León cómo ... *residió en Madrid y por relaciones personales y comerciales, así como por su amistad con Olavide, fué nombrado Subdelegado en el proyecto de las Nuevas Poblaciones...* y ... *Fundó la Peña, llamada después La Carolina*¹¹.

La vehemencia del párrafo anterior sólo se entiende desde la muy noble voluntad por encontrar «héroes locales»: tanto da que se diga de ellos que «fundaron» o, incluso, que llegaron a «diseñar» algunas poblaciones de Sierra Morena, porque la realidad de lo que luego desarrollaron en América fue bien distinta: en 1798 Darquea concebía para la peruana población de San Pedro de Riobamba un proyecto antagónico por completo con los problemas de forma, trazado y ubicación que «conociera» en Sierra Morena. Repetía un modelo urbano de ciudad radiocéntrica inscrita en un perímetro cuadrado que —siempre según Ortiz— ... *se enriquece con un elemento fundamental de la urbanística barroca: la perspectiva*. La nueva población era ajena a la problemática definida por Olavide en Sierra Morena por cuanto que ni respondía a un tema de ordenación de territorio desde el doble supuesto de crear riqueza incrementando el número de mercados (aumentar en realidad la velocidad de circulación de la moneda) ni el tamaño de la ciudad respondía tampoco a un programa claro de necesidades (basta ver, por ejemplo, cómo y dónde ubica los edificios representativos) ni establece una discusión sobre cuál debía ser el diseño de las viviendas existentes en la población. Y si la experiencia americana de Darquea resulta, cuanto menos, contradictoria respecto a lo que Ortiz señala pudo haber realizado en la Península, parece también difícil creer —a la vista sobre todo de los trabajos publicados por Rosario Camacho o José Miguel Morales Folguera sobre la Málaga borbónica— que Jijón y León fuese el autor del proyecto de la «Carolina Malagueña».

¿Pueden los datos anteriores ser extrapolados, buscando —a partir de casos singulares— establecerse una norma de comportamiento? Es evidente que no y, sobre todo, tal abstracción sería errónea por cuanto que las mismas contradicciones y errores se producían entre muchos arquitectos e ingenieros de la España de la Razón: citar, en este sentido, el proyecto de reconstrucción de Nueva Guatemala podría ser utilizado para explicar cómo, también en España, muchos equivocaron qué debía ser la reconstrucción de Guatemala; pero entre la experiencia de Darquea o Jijón y la que se produce en Guatemala existe una importante diferencia. Cuando, tras el terremoto de 1774, Díaz Navarro proyecta una reconstrucción barroca de la ciudad, lo que hace es mantener la tradición grandilocuente que él mismo había empleado en proyectos concebidos en torno a 1750; cuando Sabatini propone, desde España, un nuevo proyecto de Nueva Población igualmente barroco, su actitud tampoco es contradictoria respecto al resto de su obra¹²; pero cuando Darquea o Jijón esbozan sus propuestas, la contradicción aparece por cuanto que —según ha señalado Ortiz— habían conocido antes un tipo de reflexión y, al poco, esbozaban una propuesta de naturaleza distinta. Y no pueden argüirse posibles dificultades para aplicar en América un razonar ilustrado sobre el territorio, puesto que, tras el proyecto de Sabatini, en 1771 se proponía ordenar el territorio inmediato al Río Tinto (Cabo de Gracias a Dios y embocadura del río San Juan) con el fin de establecer cuatro poblaciones españolas¹³. Lo que se planteaba no era ya aplicar un modelo formal y sí la voluntad por desarrollar la riqueza en las inmediaciones de la Costa de los Mosquitos, buscándose organizar una sociedad capaz de potenciar y desarrollar económicamente el comercio de la zona.

Plano de la nueva ciudad de Daxabon (Santo Domingo). ¿1760? A.G.S.





Plano del Paseo Nuevo
en el campo de Santa Clara
en Huamanga (Perú).
José Abascal. A.G.S.

Si hubo contradicciones y el concepto «cultura criolla» no aparece del todo claro, entiendo que una primera labor —con la intención de profundizar en la interesante idea esbozada por Lavallo— es comprender cómo se estableció en la América Hispánica la ruptura antes citada entre el momento barroco y la voluntad por definir un programa económico que englobase la política urbana, organizando ahora las Colonias desde la voluntad por «extender el comercio» a la Metrópoli. Convendría, en este sentido, recordar cómo algunos de los más importantes proyectos de ordenación del territorio formulados para España se habían concebido previamente —por sus mismos autores— para América: así, sabemos que el mismo Thurrieguel, que llevó a cabo la repoblación de Sierra Morena, había propuesto previamente —en 1762— introducir 6.000 colonos alemanes bien en la zona de Texas, bien en Perú, con el fin de ayudar a la colonización y desarrollo de la realidad americana; al no permitirse esta iniciativa fue cuando se buscó la ordenación del territorio en las inmediaciones de Almuradiel (retomando la experiencia jesuítica propuesta en Espiel) y, como consecuencia de la misma, se inició la colonización de Sierra Morena y Nueva Andalucía.

En torno a 1750 el concepto «colonia» —entendida como «ciudad de fundación»— comenzó a ser puesto en cuestión: quizá se debió a las noticias que, en torno a esos años, diera Antonio de Ulloa en su *Viaje* al comentar la situación de las poblaciones inglesas en América y su organización. El trabajo de Ulloa sin duda fue conocido por Campomanes¹⁴, quien en sus «Reflexiones sobre el comercio español en Indias» (manuscrito localizado en la F.U.E., publicado por Llombart, quien lo fecha en torno a 1762), se enfrenta a las opiniones de J. Child sobre el modo en que se establecieron las colonias hispanas en América: ... *los españoles —en América— han aumentado diez veces más sus dominios por conquistas que fomentando habitaciones, plantando y desmontando*. Buscando el modo de incrementar el comercio en Indias —y, por lo mismo, proponiendo una primera nueva ordenación del territorio— Campomanes aceptaba el hecho de que ... *los españoles han mirado con desprecio todo lo que no tenía abundantes minas*

de oro y plata: y desde este mal principio se han derivado peores consecuencias¹⁵ Consciente de que el tráfico marino entre América y España había sido —en los primeros años del siglo XVIII— muy escaso y, además, de que no había hecho más que descender o estar estancado durante el siglo anterior, como medida para fomentar el comercio español apuntaba la necesidad de revitalizar los litorales americanos y, como consecuencia, organizar un desarrollo de la riqueza basado precisamente en una ordenación del territorio litoral ... *Es notable —dirá— el descuido en que hemos despreciado las desembocaduras de los grandes ríos de América y las islas, que cabalmente son los boquetes que facilitan el comercio*¹⁶.

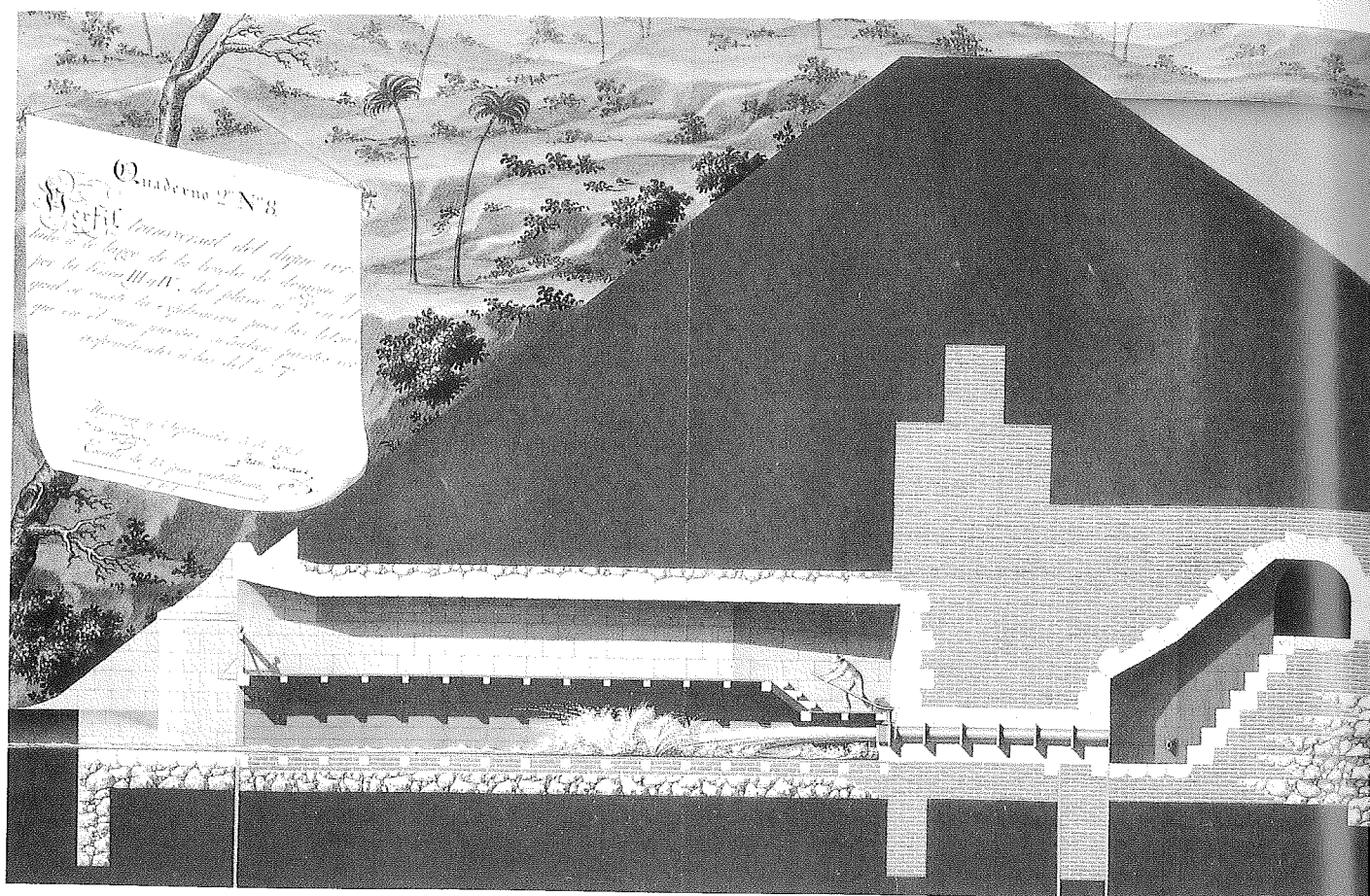
Desde esta referencia al litoral, Campomanes propone dos grandes operaciones de ordenación del territorio: en primer lugar, organizar la situación en California y, paralelamente, colonizar las costas occidentales y orientales situadas al sur de Buenos Aires, en la región que él llamará la *Magallánica*. La primera operación concebida, como señala Llombart, en torno a 1759, la realizaba con la intención de ... *estorbar los establecimientos que los rusianos intentan en el Mar del Sur*¹⁷. Estudiar la realidad de California en la segunda mitad del siglo XVIII puede hacerse gracias a la excepcional documentación cartográfica que existe en el mexicano Archivo General de la Nación, donde se encuentran numerosos testimonios que refieren cuál era la realidad de la zona en aquellos momentos. La voluntad por colonizar California se justificaba además desde un hecho que Campomanes cita como reprochable pero que, entiendo, debió servir de base para una reflexión sobre la organización del territorio: concedida su administración a la Compañía de Jesús, ésta —tras conseguir de hecho una independencia política y económica frente al Gobernador— articuló el territorio de manera bien distinta a como pocas décadas antes lo había hecho en las Reducciones del Paraguay: hasta 1767 habían fundado 52 misiones¹⁸ que, a su vez, contaban con 132 pueblos de visita. La Compañía cobraba de las Cajas Rurales de México y, al resultar insuficiente, establecieron el trabajo comunal de los indígenas tres días por semana. El sistema dio excelentes resultados, puesto que al estar los superiores jerárquicos cerca de las Misiones, éstas realizaban un constante y efectivo trabajo evangelizador; además, la ubicación de los misioneros en el lugar se producía tras un estudio del terreno, situando las nuevas poblaciones junto a los ríos, utilizando éstos no sólo como elemento de riego sino, y sobre todo, como vías de comunicación.

Entender este sistema de ordenación del territorio de los jesuitas es importante no sólo por cuanto que abre una reflexión anterior a la indicada por Cantillon o Forbonnais sobre la valoración cualitativa de los núcleos urbanos dentro de una política de colonización —como preocupación, como voluntad por encontrar una lógica en la política de colonización— y se halla en la línea esbozada tanto por Campomanes en su «Bosquejo de Política Económica Española»¹⁹ (al señalar cómo el primer paso para repoblar ... *debía ser el reconocimiento de los despoblados... haciendo un exacto mapa de los mismos, extensión, lugares confinantes, calidad del terreno y arboleda, yerbas, aguas y frutos silvestres, de calidad que se alcanzase una cabal instrucción de ellos y se pudiese hacer juicio de los pueblos que podrían fundarse de nuevo, número de vecinos que serían necesarios, qué terrenos convendría desmontar, cuáles dejar para el pasto y cuáles para el monte*) como en la reflexión que se hará al poco tiempo, al valorar los Presidios fronterizos como sistema defensivo²⁰. Pero si en California la problemática era una bien concreta —y, como consecuencia, la solución debía ajustarse al programa de necesidades— la ordenación en la Florida se produjo con vistas a organizar la población de Loreto y Cabo de San Lucas, fomentando en aquella parte —mediante misiones— un territorio competencia del Obispo de Durango o Nueva Vizcaya.

Frente a la colonización del norte, Campomanes planteaba también la conveniencia de ordenar los territorios del sur del continente. Su idea se basaba en dos argumentos: la fertilidad del país y la facilidad existente para transportar mercancías y extraerlas a poco costo. Consciente de que el establecimiento de las colonias de Montevideo y Maldonado —sobre la banda oriental del río de La Plata— había servido para asegurar la posesión de estas tierras, proponía repetir la experiencia en ambos litorales al sur de Buenos Aires ... *siendo mi deseo dar a conocer a la Nación Española cuánto le importaría dar población y pacificación a este terreno, actualmente abandonado... que se conoce también con el nombre de Tierra de Patagones*²¹. Proponía construir cuanto menos dos poblaciones —Puerto Deseado y Bahía de San Julián—, señalando cómo con tan sólo cien familias sacadas de entre los habitantes que sobraron de Buenos Aires podría hacerse realidad el proyecto. A partir de este momento se esboza la conquista de la Patagonia (tanto en la costa oriental como occidental) y son bien conocidos los intentos realizados, con la posterior creación de una gobernación subordinada en las Malvinas. La sugerencia de Campomanes fue recogida en distintos proyectos y sabemos que años más tarde —en 1778— Floridablanca remitía a Gálvez un auténtico proyecto de colonización apuntando cómo, junto a las dos poblaciones antes citadas, debían proyectarse dos establecimientos subalternos y dependientes, situados uno en el río Colorado y otro en Puerto Deseado.



Proyecto de la ciudad de La Paz. 1798.
José Martínez. S.H.M.



Perfil transversal del dique,
del Canal de Guines,
en Cuba.
Félix y Francisco Lemaux.
1801. S.H.M.

La política esbozada en California, Texas o en la Patagonia respondía a un gran proyecto consistente en desarrollar la economía americana, haciéndola depender fundamentalmente de la nueva realidad española: en este sentido los proyectos de ciudades esbozadas eran un reflejo de un pensamiento trazado no ya en España sino en Europa (debemos evitar singularizar la experiencia de Sierra Morena y, por el contrario, relacionarla con las propuestas desarrolladas en Pomerania por Federico el Grande o las desarrolladas en Italia, consecuencia sin duda de los textos de Galiani) y los planos y proyectos concebidos se realizaron por ingenieros españoles, quienes incluso fijaban cuál debía ser el tipo de vivienda que convenía adoptar en la colonización americana.

La política de ordenación del territorio llevada a cabo en América, entre 1750 y 1800, refleja las tensiones y el «Saber» europeo: pero por lo mismo conviene apuntar otro hecho importante y es de qué forma las transformaciones ocurridas en las propias ciudades testimonian y reflejan también las contradicciones existentes entre Centro y Periferia. Y se entiende por ello que, pocos años más tarde, Belgrano intentara aplicar los supuestos fisiócratas, aceptando que —como había señalado Du Quesnay— sólo la agricultura crea riqueza, puesto que la industria sólo la transforma y el comercio sólo la desplaza²².

Belgrano es sin duda pieza clave para comprender de qué modo el pensamiento criollo asumió propuestas colonizadoras ya experimentadas en España y que se quisieron aplicar al caso americano: consciente del fracaso que —en torno a 1781— significó la creación de las dos poblaciones patagónicas citadas (se abandonaron todas a excepción de Río Negro) y dado que el mantenimiento de las mismas corría a cargo del erario público, puesto que no había sido posible estabilizar una producción agrícola, desde 1794 —desde su cargo en el Consulado— y hasta 1810 Belgrano desarrolla un pensamiento sobre el territorio, sobre la necesidad de crear una política agraria *de grande culture* (según expresión formulada por Du Quesnay para señalar una agricultura realizada en grandes fincas, con técnicas modernas —tracción por caballos— y proponía aplicar los criterios definidos por los fisiócratas: a) reforma de las estructuras agrarias; b) acortamiento de los circuitos económicos; y c) eliminación de trabas en los mismos).

No me corresponde a mí tratar de la originalidad del pensamiento de Belgrano, pero es interesante contrastar su opinión con la expuesta por Llombart en sus trabajos sobre las diferencias existentes entre los Ilustrados de la Corona de Aragón y los de Castilla León, porque distanciándose de los fisiócratas en cuanto a la forma de posesión del suelo (enfiteusis frente a propiedad arrendada) define un tamaño de parcela que nada tiene ya en común con la fijada —aunque no aplicada— en el Fuero de Nuevas Poblaciones. Sin embargo, en sus escritos lo que no aparecen son referencias a un modelo territorial, a un proyecto para organizar la Patagonia, a una voluntad colonizadora por

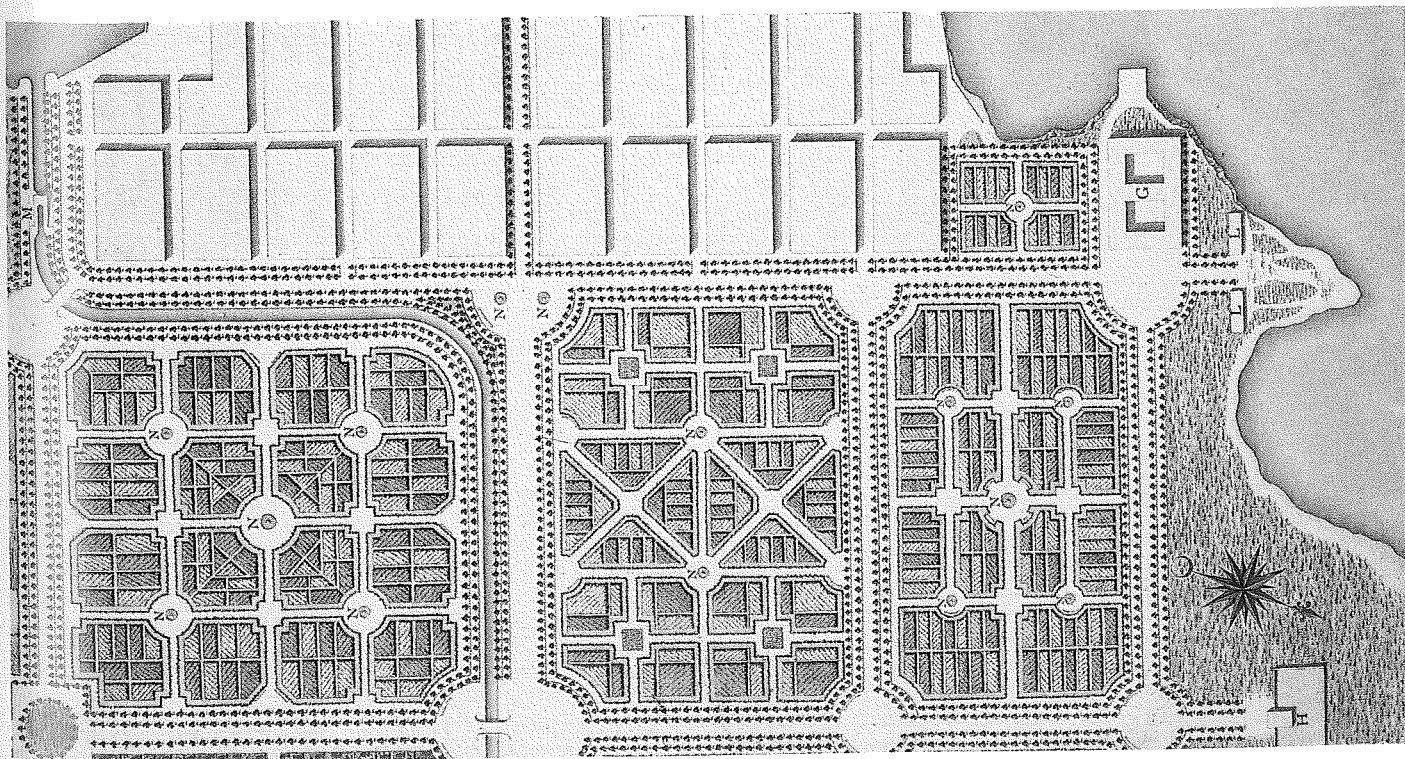
cuanto que su intención es más difundir —y discutir sobre cuál sería la mejor forma de aplicar— unos supuestos económicos que definir una política de ocupación y de creación de riqueza. Por ello, cuando en 1810 plantea la necesidad de «nacionalizar» la Patagonia, el término quedará —especialmente— indefinido y los acontecimientos políticos que se desarrollan entre 1810 y 1820 (fecha de su muerte) impiden el desarrollo de sus ideas.

Si lo anteriormente expuesto se refiere a la actuación sobre el territorio, los problemas que originan las reformas y transformaciones de las ciudades coloniales sólo pueden abordarse desde el estudio de la realidad en aquellos momentos: en este sentido el examen de los fondos existentes en el Archivo Mata Linares²³ (en la Academia de la Historia) es de singular relevancia por cuanto contiene una importante colección de bandos, disposiciones, ordenanzas y cédulas... dictadas por autoridades locales que seguían —miméticamente— el cambio en las costumbres que en aquellos años se producía en la Península: las regulaciones de empedrado; alcantarillado; embellecimiento; la creación de parques urbanos o paseos con arbolado; disposiciones sobre dónde situar los equipamientos u organización administrativa de los barrios en ciudad; ordenanzas y reglamentación sobre la altura que debían tener las viviendas... o, incluso, la definición de nuevos límites de ciudad se corresponden a la discusión esbozada en aquellos años en España.

Entiendo que todavía queda por hacer una historia del urbanismo americano en la cual se analice cómo se produjo el paso de la cultura barroca al «Saber Ilustrado»: algunos temas han sido esbozados —se ha buscado comprender, por ejemplo, cómo se produjo el nacimiento de la higiene urbana en la segunda mitad del siglo—²⁴, poco o nada sabemos sobre cómo surgen los paseos en las ciudades, de qué forma nacen elementos que trastocan el concepto barroco del espacio, apareciendo en su lugar fuentes, obeliscos, lugares de reunión...; del mismo modo son escasas también las noticias sobre los proyectos de ensanche definidos en estos años. Algunos datos entiendo que sí son esclarecedores, y la referencia, por ejemplo, a la Casa de la Moneda en Santiago de Chile refleja una forma de entender la problemática del ensanche de modo similar a cómo en esos mismos años se plantea en Vitoria, con la construcción de la Plaza Nueva: debiendo crecer la ciudad, en ambos casos se entiende la pieza arquitectónica (sea la Casa de la Moneda, sea la Plaza Nueva) como elemento director de un eje de crecimiento; pero si en Vitoria la construcción de los «Arquillos» resolvía el difícil problema de la diferencia de cotas existentes entre población y Plaza, en Santiago, por el contrario, la orientación de la Moneda (mirando no ya la ciudad sino, por el contrario, hacia el terreno virgen) apunta en qué sentido los arquitectos del momento comprenden cuál debe ser la estructura de la ciudad y cuál su ensanche.

Consecuencia del análisis de la Casa de la Moneda sería preguntarnos cómo se entendía la idea de «límite» de ciudad; cómo se marca y define su entorno mismo o cómo quiso actuar sobre su perímetro (definiéndose o no casas de campo, villas suburbanas...). De la ciudad americana apunta uno de los problemas que, entiendo, serán característicos de una mentalidad que, poco después, esbozaría los primeros supuestos de independentismo y buscaría establecer las pautas de su propia identidad.

Plano de la nueva población proyectada en la península de Demajagua (Cuba). Atanasio Echeverría. 1798. Detalle.



- ¹ P. RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES: «Reflexiones sobre el comercio español a Indias», Madrid, 1988, pág. 347; ver, además, el estudio preliminar de V. LLOMBART, pág. XXXV.
- ² J. MUÑOZ PÉREZ: «La idea de América en Campomanes», en *Anuario de Estudios Americanos*, 1953, t. X, págs. 209-264; R. KREBS WILCKENS: «Pedro Rodríguez de Campomanes y la política colonial española en el siglo XVIII», en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, 1955, t. XXII, n. 53, págs. 37-72. También M. ARTOLA: «América en el pensamiento español del siglo XVIII», en *Revista de Indias*, 1969, n. 115-118, págs. 51-77; M. BITART LLAYF: «Economistas españoles del siglo XVIII. Sus ideas sobre la libertad de comercio a Indias», Madrid, 1968.
- ³ M. LUCENA GIRALDO: «Ciencia y espacio colonial: los proyectos del Canal del Dique en el siglo XVIII», en Coloquio sobre *La Ciencia española e iberoamericana*. «Plano particular y perfiles de una parte del Canal nombrado del Dique». Antonio de Arévalo. 1794. SHM 6018 E-9-15-3.
- ⁴ «Mapa de la costa de Veracruz y Alvarado, mostrando los canales proyectados en 1765 para comunicar estos lugares por el interior a través de las lagunas de Mandinga, la Camaronera y Alvarado». Archivo General de Indias. Torres Lanzas, México, 270.
- ⁵ «Consulta del Consejo a S.M. y su Real Resolución, sobre contrata del coronel D. Juan Gaspar de Thurriegel para introducir 6.000 colonos alemanes en Sierra Morena o América». 1767. Biblioteca Nacional. Sala de Miguel de Cervantes, Osuna, 11264. «Cédula para la introducción de seis mil colonos flamencos y alemanes», 1762. AHN. Consejos, leg. 4048, n. 2. Ver, igualmente, A. VIDAURRETA: «Evolución urbana de Texas en el siglo XVIII», en *Revista de Indias*, 1973, n. 131, págs. 605-636.
- ⁶ B. LAVALLE: «El espacio en la reivindicación criolla del Perú Colonial», en *Cuadernos hispanoamericanos*, 1983, t. 399, págs. 20-39. Una de las más polémicas interpretaciones sobre una «historia propia de la arquitectura americana» fue la que presentó en la Universidad Menéndez Pelayo, en 1984, el argentino RAMÓN GUTIÉRREZ y que más tarde publicó en *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas «Mario J. Buschiazzo»*, n. 25, 1987, págs. 11-19.
- ⁷ A. F. BRICE: «El Canal de Panamá y el Libertador», en *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, 1964, t. XXIII, n. 81, págs. 721-735.
- ⁸ G. MACK: «Cómo se veía en el siglo XVIII el problema del Canal de Panamá», en *Cuadernos*, 1964, n. 83, págs. 53-66. Enumera los proyectos de apertura de un canal interoceánico, destacando la existencia de dos propuestas españolas, una inglesa y tres francesas. Sobre el Canal de Panamá, ver el trabajo de I. BATISTA BALLESTEROS: «Proyectos de Canales interoceánicos en América», en *Revista de la Universidad Complutense*, 1958, t. VII, n. 28, págs. 482-484.
- ⁹ Sobre la Comisión de Arquitectura de la Academia de San Fernando, ver el trabajo de J. E. GARCÍA MELERO: «Juan de Villanueva y los nuevos planes de estudio», en *Catálogo de la Exposición «Renovación. Crisis. Continuismo»*. La Real Academia de San Fernando en 1792, Madrid, 1992, págs. 13-56.
- ¹⁰ ARISTO: «Idea general de los monumentos del Antiguo Perú e introducción a su estudio», en *Mercurio Peruano*, 1790-1795, t. I, fols. 201-208. «Geografía física del Perú para continuar la historia de sus monumentos, principiada en el Mercurio n. 22», en *Mercurio Peruano*, 1790-1795, t. IV, fols. 9-16 y fols. 19-26. Igualmente, P. N. CRESPO: «Carta sobre los monumentos antiguos de los peruanos», en *Mercurio Peruano*, 1790-1795, t. V, fols. 254-261 y fols. 262-266. J. BAQUIJANO: «Historia del descubrimiento del cerro de Potosí, fundación de su Imperial Villa, sus progresos y estado actual», en *Mercurio Peruano*, 1790-1795, t. VII, fols. 25-32, 33-40 y 41-48.
- Sobre la obra del P. Márquez ver la edición preparada por J. FERNÁNDEZ: «Sobre lo bello en General y dos Monumentos de arquitectura Mexicana: Tajín y Xochicalco», México, 1972. Resulta imprescindible la consulta de la Tesis Doctoral (de inmediata publicación) de Delfín Rodríguez sobre la actividad teórica del P. Márquez.
- ¹¹ A. ORTIZ CRESPO: «El urbanismo en la Audiencia de Quito», en *Estudios sobre el urbanismo iberoamericano. Siglos XVI al XVIII*, Junta de Andalucía, 1990, págs. 225-239. Las referencias a los proyectos citados aparecen en pág. 237.
- ¹² C. SAMBRICIO: «Territorio y Ciudad en la España de la Ilustración», Madrid, 1991 figura —en el capítulo dedicado a San Carlos de Cádiz—, una larga relación de documentos sobre la reconstrucción de Guatemala. Sobre la actuación de Díez Navarro antes del terremoto, ver H. BERLÍN: «El Ingeniero Luis Díez Navarro en México», en *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, 1948, t. 22, págs. 89-95, y los «Planos del Palacio, Sala de Armas, Casa de la Moneda y Cárcel de la ciudad de Guatemala». Luis Díez Navarro. 1755. Biblioteca Central Militar (Documentos) (K-b-7-61), y «Plano proyectado para casas y almacenes del estanco de tabaco en la plaza de Guatemala». Díez Navarro. 1772. Biblioteca Central Militar (Documentos) (K-b-7-61).
- Sobre la situación de Guatemala antes del terremoto, ver igualmente J. LUJÁN y M. C. ZILBERMANN: «Santiago de Guatemala en vísperas de los terremotos de 1773», en *Anuario de Estudios Americanos*, 1975, t. 32, págs. 541-571.
- Sobre las noticias del terremoto llegadas a España, ver «El funesto caso de Guatemala y las buenas noticias llegadas de América», en A.G.S. Sec. Estado Dos Sicilias (XVIII), libro 345, 6 (1774). «Temblores de Tierra en Guatemala», en A.G.S. Sec. Estado Dos Sicilias (XVIII), libro 345, 24 (1774), y «Sentimiento por el temblor de Guatemala», en A.G.S. Sec. Estado Dos Sicilias (XVIII), leg. 6107, 6 (1774).
- Sobre las consecuencias del cambio de capital, ver D. ANGULO INIGUEZ: «Terremotos y traslados de la ciudad de Guatemala», en *Arbor*, 1949, t. XI, n. 35, págs. 193-206. I. LANGE: «Urbanización y cambio social: traslado de la ciudad de Guatemala y sus consecuencias», en *Anuario de Estudios Americanos*, 1979, t. XXXVI, págs. 351-374; C. ZILBERMANN DE LUJÁN: «Aspectos socioeconómicos del traslado de la ciudad de Guatemala (1773-1783)», en *Academia de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, Guatemala, 1987, y J. LUJÁN MUÑOZ: «Algunos ejemplos de urbanismo en Guatemala en la última parte del s. XVIII», Universidad de San Carlos de Guatemala. Sección de Publicaciones. Facultad de Humanidades. Guatemala, 1978.
- ¹³ A. DEL RÍO: «Descripción del terreno y población antigua nuevamente descubierta en las inmediaciones del pueblo del Palenque, jurisdicción de la provincia de Ciudad Real de Chiapa, una de las del Reino de Guatemala de la América Septentrional», Madrid, 1787. Academia de la Historia, en Catálogo de la Colección Muñoz, tomo 73, n. 1608, fols. 186-209. «Oficio del marqués de Sonora al Presidente de Guatemala ordenando que se formen cuatro poblaciones españolas en Río Tinto, Cabo de Gracias a Dios, Blewfield y embocadura del Río San Juan de la Isla de Oratán y que se mezclen las familias europeas con las del país». 1787. Academia de la Historia. Colección Mata Linares, t. IV, n. 8355, fol. 311. «Reunión de 150 familias gallegas y asturianas y otras de Canarias para formar con ellas cuatro o más poblaciones en la Costa de los Mosquitos». 1787. Archivo Museo Naval. Sig.: Manuscritos, Ms. 2231. Miscelánea, Doc. 18, fol. 90. «Real Orden al Presidente de Guatemala aprobando las providencias tomadas para el establecimiento de familias gallegas para poblar la costa de la provincia». Academia de la Historia. En Catálogo Mata Linares, t. IV, n. 8685, pág. 215; t. CXIV, ff. 340.
- ¹⁴ P. RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES: «Reflexiones sobre el comercio español a Indias», *op. cit.*, pág. 253.
- ¹⁵ *Ibid.*, págs. 101 y 237.
- ¹⁶ V. LLOMBART: «Introducción a P. Rodríguez de Campomanes», *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, pág. XXI.
- ¹⁷ V. LLOMBART, en su «Introducción a P. Rodríguez de Campomanes», *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, señala (págs. XVI-XVII) cómo el precedente inmediato a las *Reflexiones* fue un texto inédito (y hoy perdido) titulado «Discursos varios sobre el origen, naturaleza... y del comercio de la América», en el cual —tratado VI, cap. VI— señalaba la «... importancia de poblar la California para estorbar los establecimientos que los Rusianos intentan en el Mar del Sur».
- ¹⁸ M. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ BARBA: «Juan Bautista de Anza», Madrid, 1962, cita págs. 46-47, la organización jesuítica en la zona. Ver, sobre la organización de los jesuitas en la zona, F. J. WEBER: «Jesuit Missions in Baja California», en *The Americas*, 1967, t. 23, n. 4, págs. 408-422. P. PETER MASTEN: «Jesuits begin the west coast missions», en *Pacific Historical Review*, 1935, t. 4, págs. 131-142; H. TOVAR PINZÓN: «Elementos constitutivos de la empresa agraria jesuita en la segunda mitad del siglo XVIII en México», en *Haciendas, Latifundios y Plantaciones en América Latina*, México, 1975, y «Las haciendas jesuitas de México. Índice de documentos existentes en el Archivo Nacional de Chile», en *Historia Mexicana*, 1971, n. 20, págs. 563-618, y n. 21, págs. 135-189. E. BURRUS: «La obra cartográfica de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús, 1567-1967», Madrid, 1967.
- ¹⁹ P. RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES: «Bosquejo de política económica española», edición de J. Cejudo, Madrid, 1984, pág. 158.
- ²⁰ «Reglamento de presidios en la línea de frontera de Nueva España, resuelto en Cédula de 10 sept. 1772», Academia de la Historia, Colección Mata Linares, t. 73, n. 3113, págs. 764-769. «Ordenanzas para el mejor Gobierno político y económico del nuevo presidio de San Carlos, instituidas, aprobadas y mandadas observar por el Excmo. D. Carlos Fco. de Croix... Virrey, Gobernador y Capitán General del Reyno de Nueva España», Archivo Histórico Nacional, Documentos de Indias (ss. XV-XIX), 1769, 6 hojas. Ref.: Pescador del Hoyo, M.ª Carmen; Documentos de Indias (ss. XV-XIX), Archivo Histórico Nacional, Madrid, 1954, n. 457, Cat. Sección Diversos.
- M. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ BARBA: «Juan Bautista de Anza», Madrid, 1962, dedica un capítulo (págs. 51-65) al estudio de los presidios fronterizos. Igualmente, J. A. CALDERÓN QUIJANO: «Los Virreyes de Nueva España en el Reinado de Carlos III», Sevilla, 1967. Ver, concretamente, el capítulo dedicado al Virrey Bucareli, redactado por DÍAZ-TRECHUELO, RODRÍGUEZ BAENA y PAJARÓN PARODY (págs. 385-638). Interesa también consultar L. G. CAMPBELL: «The Spanish Presidio in Alta California during the mission period: 1769-1785», en *Journal of the West*, 1977, t. 16, n. 4, págs. 63-77.
- ²¹ P. RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES: «Reflexiones sobre el comercio español a Indias», *op. cit.*, pág. 123.
- ²² P. NAVARRO FLORIA: «Notas para un estudio del ideario económico y político de Manuel Belgrano», en *Quinto Centenario*, n. 13, 1987; E. LLUCH: «Acaecimientos de Manuel Belgrano, fisiócrata, y su traducción de las «Máximas generales del gobierno económico de un reino agricultor» de François du Quesnay», Madrid, 1984.
- Sobre las diferencias existentes entre el pensamiento ilustrado de los economistas de la Corona de Aragón y los de Castilla y León, ver V. LLOMBART: «Comparación entre los Ilustrados de la Corona de Aragón y los de Castilla y León», en *Estructuras Agrarias y Reformismo Ilustrado en la España del siglo XVIII*, Madrid, 1989.
- ²³ M. C. CORTÉS SALINAS redactó, en 1974, una Tesis Doctoral sobre la figura de D. Benito de la Mata Linares y su época (Univ. Complutense). Igual que interesa la consulta de este importante fondo, ver además R. ALTAMIRA: «Colección de documentos inéditos para la historia de Hispanoamérica», Madrid-Barcelona, 1952, y V. VELA: «Índice de la colección de documentos de Fernández de Navarrete que posee el Museo Naval», Madrid, 1946.
- ²⁴ J. P. CLEMENT: «El nacimiento de la higiene urbana en la América española en el siglo XVIII», en *Revista de Indias*, 1983, t. 43, n. 171, págs. 75-95.